

Leyendo estoy en mi bar, que mío no es, pero es lo que tienen los bares en los que te tratan bien: casi son familia y, desde luego, amigos.

Leo personas. Leo a los parroquianos, que vienen bien y se van mejor; sus cuitas de antaño siempre se me hacen simpáticas, porque ya sabemos que el tiempo todo lo decora y lo enriquece.

—¿Lo de siempre?

Y yo solo esbozo una sonrisa de confirmación.

El «¿Cómo estás?» viene luego y da paso a la pequeña charla donde arrullamos los presagios, los resultados o, simplemente, las esperanzas.

Y del tiempo también, que aquí pareciera que nos interesa mucho, sin ser verdad. A veces creo que del tiempo hablamos como si fuera un lenguaje criptográfico, secreto, y nadie se da cuenta. Ni yo.

Abro la tablet. Llevo días tratando de dar color a un final feliz, con ese halo de que podría ser mejor.

Al poco sale el «boss».

—¿Sabes quién está dentro? —se refiere a las mesas del interior del bar, esas que no puedo ver desde la terraza.

—¿Quién?

En un bar de pueblo, uno de esos que ya son una excepcionalidad dentro de nuestra pequeña sociedad, cargada de mezclas y visitantes.

—¡Hilga! —aún no me ha dado tiempo a poner cara de sorpresa— ¡Hilga Miller, la fotógrafa!

Me quedo sonriendo. No sé si levantarme e ir a verla. Es la señora, la primera persona que hizo lo que yo misma llevo años haciendo, pero mejor, mil veces mejor.

—¿Quieres pasar?

Claro que quiero, pero hoy me parece que estoy en manos de las musas y los dedos podrían danzar con precisión, sacando letras acertadas.

—Voy, pero no digas nada, quiero verla sin molestar.

—Tú misma —me dice sin convencimiento.

Al hacer ele las mesas me permito sentarme al otro lado; no se ha notado mucho que he entrado.

Hago un gesto para obtener otro café. Abro el aparato.

Veó una vida plena. Su rostro es como una ilustración que me cuenta cosas. No quiero leerla mal.

Me lleva lejos, muy lejos en el tiempo; el lugar no es este, es una ciudad del norte, Róterdam.

En el año en que nació la artista, la ciudad hervía de modernidades. Hay una niña feliz, despierta y curiosa.

Su paz termina pronto; aún no le ha dado tiempo a vislumbrar lo que sería ocho años después, cuando la guerra destruye la hermosa ciudad.

Imagino su pena, su pubertad truncada, ese tomar conciencia del desastre. Luego llega una juventud lenta, tocada por una enfermedad que no te deja respirar.

Los veinte de Hilga pasan entre el esfuerzo y la esperanza.

Leo los recuerdos que están tapados por la alegría de la liberación. La guerra acaba y hay que empeñarse en crear una nueva ciudad. Ella ayuda en la reconstrucción, en lo que su salud le permite. Como muchos, ha perdido familia, amigos... Pero hay que mirar hacia adelante y, tosiendo, alguien le regala una cámara fotográfica.

No era un instrumento, era un puente entre la realidad y el deseo de plasmar lo que sus increíbles ojos ven.

En el renacer de Róterdam encuentra el amor.

Jóvenes que, como ella, han vivido a duras penas entre soldados y paisanos que caminan lento en el día a día y rápido cuando suenan las alarmas.

Él es hermoso, grande y portador de cuidados y advertencias. El amor de su vida es un waterreus (literalmente "Gigante del agua")

Se han casado en una ceremonia sencilla; los tiempos no están para lujos ni para perder algo que no esperan que se acabe tan pronto. Él se va, regresa a las aguas como lo que es: un personaje mitológico que aparece en los relatos de los viejos para advertir de los peligros.

La veo recogiendo los pedazos de un futuro que no llegó a ser más que un presente recortado. Siento su tristeza, de la que resurge. Hilga renace.

Si algo tiene el norte es su humedad, que para una persona con asma no es buena: te recorta, te angustia, y la lluvia, siempre tan continua y triste, no ayuda.

Un amigo le cuenta que vino a España, un periodista que intentaba saber qué hacían los españoles bajo aquella dictadura franquista.

Le dice que es dura, pero que allí también intentan llevar la desgracia con algo que les debe dar el sol.

Mirando al cielo, mirando el mapa, buscando un punto que se hiciera luz, lo supo. El Mediterráneo era el lugar, pero ¿dónde?

Visitó algunos pueblos de la costa, montada en esos lentos autobuses que, pueblo tras pueblo, dejaban ver un país con la pobreza disfrazada de cantos y voces.

Tras dejar un peñón que impresiona, el autobús se adentra en las curvas de una carretera que asciende. Montañas a un lado y a otro; un túnel que parecía más el aprovechamiento de una cueva que una obra útil construida por humanos; un inicio oscuro con un final más épico del que se pueda dar.

Ahí, con la montaña a un lado y el mar al otro, la bahía y, en su medio, una montaña rematada por

el color azul. Algo cautivó el espíritu de Hilga. Pocas veces se da que un paisaje te haga contener la respiración.

Con un castellano mediocre pregunta al caballero que tiene sentado a su lado:

—¿Qué pueblo es?

—Altea —dice el buen hombre sin darse cuenta de que más parece un adjetivo que el nombre de un lugar.

El viejo y destartado autobús para en la carretera nacional. Son unos minutos de paso por un pueblo que parece hecho para rodar una película.

Se baja sin pensarlo dos veces.

¿Será este el lugar?

Lo será por su orografía, pero más por sus gentes, que ya no se extrañan con las rarezas de los que por aquí llegan. Se han acostumbrado a ver personas diferentes, a no juzgar por la imagen.

Entre sus vecinos está Eberhard Schlotter, un artista llegado de Alemania al que suelen acompañar otros “raros”, también artistas. Quizá Navarro Ramón abría las puertas, al no tener problemas con el idioma y hacerse sentir más vecino.

Lo primero que hace Hilga al llegar al pueblo es buscar un lugar donde dejar su pesada maleta, sacar su cámara y enfocar.

La visión a través de una cámara es diferente: recuadra la vida, la marca como algo que debe quedarse sostenido en el tiempo. Las escenas son inspiradoras.

En unos días buscará una casa para quedarse. Le da igual si tiene agua o luz; ella ha vivido la destrucción y sabe que eso no es primordial.

La Huerta le da un pequeño espacio entre naranjos y huertos.

Sale a recorrer el pueblo todos los días. Los vecinos la han aceptado por su amabilidad, por ser quien les retrata con cariño y porque siempre pregunta por sus nombres, por sus quehaceres y sus necesidades.

En los años sesenta llegan más artistas; el pueblo se convierte en un centro de luz y color. Los conoce, los retrata, pero no deja de ser la mujer que vino sola, se deslumbró y aquí se quedó.

Con los años, el pueblo avanza en su archivo de imágenes y en su vida.

Comparte las nuevas vistas; los cambios no dejan de llegar. Tiene luz y agua; ahora todo es más fácil.

Si hubiéramos preguntado por los artistas en aquellos años, las cuentas serían muchas: algunos reconocidos, otros intuitos, y mucha extravagancia que coloreaba el pueblo. Ella, conservando un acento propio, entendía el idioma, comprendía los motes y sabía perfectamente de quién era el hijo o el hermano.

Una mujer de veinticinco años que amó un pueblo nada más verlo despuntar al pasar un túnel es una más.

Regresó a las raíces en muchas ocasiones, pero siempre volvía, porque en su lenguaje “casa” era Altea.

Aquí nadie pregunta por tu pasado; da igual lo que fueras: es lo que eres, lo que haces y el amor que das.

Los fantasmas que trajo se quedaron en el túnel, no pasaron. Y, en cierto modo, mejor así. Renacer no es difícil si das con el lugar adecuado. Ella lo encontró.

Hubo risas, paseos, visitas e instantáneas. Hubo encuentros furtivos con nuevos amigos, sin más, sin ser medidos por la conveniencia.

Veo a una anciana feliz, una persona que se hizo un hueco en este pueblo y a unos vecinos que la saludan con cariño y admiración.

Ahora es cuidada por su amiga, es querida. Tienen una amistad que no se romperá por una ironía o un gesto.

Ríen sorprendidas por algún redicho de Óscar, una de esas bromas que solo se entienden si eres amigo.

En un momento dado me hacen gestos. Me acerco con cuidado; ver de cerca un icono de mi pueblo me da respeto. Me siento con ellas.

Ha publicado un libro con algo que no tiene casi ninguno. No es la historia de los debacles o las hazañas de un lugar. Es un homenaje que la edad quiere hacer: un recordar para no olvidar a los que construyeron y avanzaron.

Las fotografías son en blanco y negro, lo propio de aquellos años; son adultos que hoy ya no están y que permanecen en los apodos familiares; niños que ahora son ya viejos.

Me impresiona ver que recuerda todos los nombres, los lugares, el día y la sensación del porqué de cada instantánea.

Veo un libro con verdad, sin tapujos, porque los remiendos o las alpargatas también son la vida.

Se desliza por el pasado como quien ha sido protagonista, y es que esa es la realidad.

Empieza el calor, ahora se nota más. Se mezcla con su edad avanzada y aprieta con fuerza. Quiere subir a su Holanda natal; allí los veranos son menos duros para su cansado cuerpo.

Nos despedimos con cariño y toda mi admiración.

Si hubiera conocido el futuro, la habría retenido más, como algo que uno quiere hacer suyo.

Ahora solo nos queda recordar a una joven que llegó al pueblo para dejar constancia de lo que fuimos. Un retrato vivo de unos años en blanco y negro, coronados por unas cúpulas azules y ese mar que hace bahía para abrazarnos.